

El poder en la globalización

Manfred Max Neef

Presentación realizada en el IV Congreso Internacional de Salud Pública: GLOBALIZACIÓN, ESTADO Y SALUD, organizado por la Facultad Nacional de Salud Pública de la Universidad de Antioquia, Colombia
Noviembre 2005
http://guajiros.udea.edu.co/fnsp/Paginas/Congreso/SALUD_PUBLICA.html

Publicado en Revista Futuros No. 14, 2006 Vol. IV
<http://www.revistafuturos.info>

Todos tenemos la sensación de vivir en un mundo con el cual no nos sentimos realmente conformes, un mundo donde constatamos crecientes inequidades, desconcierto, angustias frente al futuro, y con cierta sensación de impotencia muchas veces respecto de qué podemos hacer, quiénes somos nosotros, qué poder tenemos para poder cambiar las cosas.

Todos los que están aquí tienen muchos ejemplos de lo que no les gusta en el mundo actual. De manera que yo quisiera comenzar por plantearles cómo me gustaría a mí que fueran las cosas, cómo me gustaría a mí que fuera la economía, cómo me gustaría a mí que se la aplicara y se la enseñara, porque debo comenzar por declarar que en mi calidad de economista, yo hoy día me siento profundamente defraudado por el modo en que mi disciplina se aplica y el modo como se enseña. Creo que hoy en día, la economía se ha mostrado incapaz de resolver realmente los problemas que por último fueron los que le dieron origen para tener el derecho de ser una disciplina.

La economía que a mí me gustaría ver se sustenta en cinco postulados que en un principio valoro profundamente:

- Postulado 1: la economía está para servir a las personas y no las personas para servir a la economía.
- Postulado 2: el desarrollo tiene que ver con personas y no con objetos.
- Postulado 3: crecimiento y desarrollo son dos cosas distintas, y el desarrollo no precisa necesariamente de crecimiento.
- Postulado 4: ningún proceso económico puede ocurrir al margen de los servicios que prestan los ecosistemas.
- Postulado 5: la economía es un subsistema de un sistema mayor, finito y cerrado, que es la biosfera.

En consecuencia, el crecimiento permanente es una imposibilidad. Y el principio valórico fundamental, el que sustenta la economía que a mí me gustaría, es que bajo ninguna circunstancia y bajo ninguna consideración, un interés económico o proceso económico puede estar por encima de la reverencia por la vida. Bien, una vez hecho este listado, yo he tenido la experiencia de que en cada uno de los casos lo que se está haciendo y lo que está ocurriendo es exactamente lo contrario.

La economía está para servir a las personas y no las personas para servir a la economía. Consuman, amigos, aumenten su consumo, eso es bueno para el crecimiento; nadie le pregunta si eso es bueno para usted —eso es irrelevante—, si esto es bueno para la economía. Yo recomiendo aquí muchas veces —o la gente se lo recomienda a ustedes— que hagan un ejercicio personal; no necesitan compartirlo con nadie. Cuando lleguen a la casa, hagan una lista de todas las cosas que tienen y que no necesitan y después hagan otra de todas las cosas que ustedes tienen y que sí necesitan; les garantizo que en 99% de los casos, la primera lista es mucho más larga que la segunda, y eso demuestra el éxito de este sistema. Si todos fuésemos —como presume la economía teórica— consumidores racionales, el sistema colapsaría; es necesario que exageremos, como condición para la reproducción de este nuevo modelo que domina al mundo.

Pero no solamente esa es la manera como las personas sirven la economía. Déjenme ilustrarlo con un pequeño caso, bastante dramático por lo menos: había hace unos años un pequeño país en América latina que era desde todo punto de vista realmente maravilloso y espectacular; ese paisito se llama Costa Rica. Fue de los primeros países que llegaron a niveles increíblemente avanzados en lo que se llama un auténtico desarrollo: lograron 97% en alfabetización, la salud estaba muy bien cubierta, un país políticamente estable, un país que se dio el lujo de poder eliminar las fuerzas armadas, con el objeto de revertir todo su tipo de gastos hacia el desarrollo social, la educación, la salud, etc. ¿Qué pasó con ese pequeño paraíso? En algún momento —y de una manera por lo demás bastante siniestra, como les voy a contar más adelante—, fue inducido a endeudarse severamente bajo la promesa de que ese endeudamiento iba a garantizar un crecimiento muchísimo mayor y un boom económico espectacular nunca visto en la historia económica de Costa Rica. Bueno, se endeudó. Por supuesto que la situación prometida no ocurrió: en veinte años, la deuda externa se cuadruplicó a pesar de que se la está pagando, y eso, considerando que en algún momento, por el buen comportamiento, se le perdonaron mil millones de dólares. Y como no puede pagar la deuda, ¿qué es lo que hay que hacer? Ajuste estructural. ¿Y qué es el ajuste estructural? Disminuir sus gastos de educación, sus gastos de salud, sus gastos de previsión, sus gastos en los viejos, etc. Y, además, abrirse completamente a las importaciones: productos básicos para poder pagar la deuda. Resultado: ese pequeño paisito que había logrado una muy digna capacidad de autodependencia, con finas relaciones con el resto del mundo, se transformó en un país total, profunda e irreversiblemente dependiente. El presidente Figueres declaró en su momento a Costa Rica como el primer país que se iba a dedicar a ser un país sustentable; desgraciadamente, cuando tomó esa decisión, ya era demasiado tarde, ya la situación era irreversible. ¿Y eso se hace por qué? Bueno, porque el discurso dice que eso es bueno para la economía.

Claro, probablemente el PIB ha crecido un par de puntos como producto de todo este manejo, pero ¿es un crecimiento que vale la pena? ¿es un crecimiento que ha mejorado las condiciones de los costarricenses? Obviamente que no. Lo enuncio con Costa Rica porque es un país que está cercano, es un país nuestro

y que era en su momento un gran ejemplo; pero eso es generalizable no solo para América latina, sino para el tercer mundo en general.

El desarrollo tiene que ver con personas y no con objetos. ¿Pero cómo? Cuando me quieren mostrar que un país es más desarrollado que otros, ¿qué es lo que me muestran? Mira, tiene un producto per cápita mucho mayor, está creciendo el producto interno bruto. ¿Qué es lo que significa eso? Son las transacciones a través del mercado y, en el fondo, lo que devela es el crecimiento de los objetos, no son algunos servicios por cierto, sino objetos, básicamente el crecimiento de cosas. ¿Qué pasa con los seres humanos detrás de eso? El crecimiento económico se ha convertido en un fetiche en el mundo: no hay día en que el tema del crecimiento económico no esté permanentemente presente entre políticos y jefes que toman decisiones. Es una verdadera obsesión, una obsesión, a mi juicio, que ha llegado a niveles patológicos y que ustedes debieran preocuparse de curar.

Aparece la autoridad económica muy satisfecha, muy contenta, sacando pecho, y dice: vamos a crecer al 6%, que es el resumen de todo, y ustedes tienen que estar muertos de felicidad por este anuncio. Bueno, pero esa es la única información que se da. Nadie cuenta ni la historia natural ni la historia humana que hay detrás de ese 6%. Yo puedo crecer a costa de destruir mis recursos, a costa de arrasar mis recursos, a costa de que haya gigantescas epidemias en mi país. Todo eso es bueno para el crecimiento económico. ¿Se puede crecer a través de la sobreexplotación de los recursos humanos, en algunos casos llevarlos a niveles casi de esclavismo, como encontramos en muchos lugares del mundo hoy día?

Esa es la historia que no se cuenta, de ahí que no haya la conciencia de que en vez de crecer un 6% mal, puede ser mucho más deseable crecer un 2%, pero bien. El componente cualitativo está fuera, no se considera; además, no pierdan ustedes de vista que la economía, como se la enseña, se ha declarado a sí misma una disciplina sin valores: value free science. Tiene que ver con seres humanos, se presume, ¿no es cierto? ¿Cómo pueden estar ausentes los valores? Es bastante absurdo. El crecimiento no es lo mismo que el desarrollo, y el desarrollo no precisa necesariamente de crecimiento.

En mi centro, en investigaciones que hicimos hace unos 20 años en materia de necesidades humanas en 19 países —sobre todo en países del norte, países ricos—, llegamos en aquel entonces a una conclusión muy desconcertante, que dio origen a una hipótesis que llamamos la hipótesis del umbral. Esta sostenía —o sigue sosteniendo, porque hoy en día hay un gran debate en torno a ella, pues está presente en la literatura, sobre todo la de economía ecológica— que en toda sociedad parece haber un período en el cual el crecimiento económico convencionalmente medido y convencionalmente entendido conlleva a un mejoramiento de la calidad de vida, pero solo hasta un cierto punto, el punto umbral; cruzado este, si hay más crecimiento económico, se comienza a deteriorar la calidad de vida. Esto fue bastante escandaloso, sobre todo entre mis colegas era un disparate absoluto y brutal.

Bueno, hoy en día se han estudiado sistemáticamente más de 25 países, la mayoría de ellos del norte; del sur hay solo dos: Chile y Tailandia. Se comparan

el índice de crecimiento per cápita con un nuevo índice que se ha diseñado y que se ha ido perfeccionando durante quince años, denominado hoy en día como indicador de progreso efectivo (general progress indicator), que se diferencia del PIB —que es un índice agregado, en que todo se suma—. Esa es una de las cosas curiosas: los que inventaron el PIB no estaban informados de que hay una operación que se llama resta, entonces, como no la conocían, suman todo. Así, los accidentes automovilísticos se suman, crece el PIB, claro; las epidemias se suman, aumentan los productos; los servicios hospitalarios, los consumos de medicamentos, todo eso se suma. Este otro es un índice que suma lo que realmente es positivo y resta lo que es negativo: costos de contaminación, costos de desertificación, destrucción de calidad natural, incremento de enfermedades cardiovasculares, accidentes automovilísticos, etc.; son lo que se llaman gastos defensivos, y que se restan en este índice, y los otros, por supuesto, que son positivos, se suman.

Al comparar estos dos índices —desde 1950, como les digo— para catorce países, en todos los casos los dos índices son perfectamente paralelos hasta un periodo que se sitúa entre 1973 y 1983, según el país de que se trate. Cruzado ese punto en todos —en algunos, dramáticamente, como en Inglaterra—, se presenta una verdadera caída brutal en el índice de la calidad de vida. Igualmente, comparado con todos los estudios de satisfacción del bienestar —de los que se han hecho muchísimos—, se revela lo mismo, de tal manera que vemos cómo llega un momento en que hay que pasar necesariamente de una concepción cuantitativa de la economía a una concepción nueva que sea cualitativa.

¿Qué significa que exista un punto umbral? Significa que si yo cruzo ese punto, lo que tradicionalmente me ha funcionado como medidas económicas, después de cruzarlo ya no me funcionan, tengo que diseñar otras. Y eso es lo que tampoco se está haciendo ni se está realizando en la teoría económica. Para quienes se interesen, me pueden pedir después referencias, bibliografías; yo mismo tengo publicaciones donde se muestran todos estos casos de todos estos países.

Ningún proceso económico puede ocurrir al margen de los servicios que prestan los ecosistemas. Es increíble que hasta el día de hoy, en las universidades de todo el mundo —las excepciones cabrán en los cinco dedos de una mano—, todavía se educan economistas que no tienen la más mínima idea de lo que son las leyes de la termodinámica, que son fundamentales en los procesos económicos; ni de lo que es la importancia de la fotosíntesis, del ciclo del agua, del ciclo del carbono, de la fijación del nitrógeno, de los procesos climáticos, etc. Busquen ustedes todos los libros de textos clásicos de economía: no hay ninguna mención de nada que tenga que ver con ecosistemas. Es absolutamente insólito a estas alturas —cuando estamos viviendo una evidencia extraordinaria de lo que está ocurriendo en el mundo— que todavía la economía se separe completamente de querer tener siquiera el interés de informarse, entonces el resultado es que la naturaleza es un apéndice.

Así se formula, por ejemplo, un gran proyecto económico, y abajo, casi como una nota de pie de página, reza: “hay que cuidar el medio ambiente”; ¡qué linda

frasescita! Claro que no significa nada; y el cuidado del medio ambiente se promete precisamente en los lugares donde se cometen las peores brutalidades en contra el medio ambiente. Las convenciones internacionales a las que yo me refería —y que se firman— son exactamente para volver a casa y no cumplirlas. Yo quisiera que me muestren los países que realmente las cumplen religiosamente cómo las firmaron; son rituales que, a estas alturas, ya deberían realmente acabarse.

El principio valórico: ningún interés económico puede estar por encima de la reverencia por la vida; creo que no necesito ilustrarlo. Tenemos demasiadas evidencias de que la vida es completamente secundaria si el interés económico está ahí. Piensen ustedes (yo me lo he imaginado; imagínense ustedes): Irak, que hubiese sido un país que producía rabanitos, muchos rabanitos; el mayor productor de rabanitos del mundo, con el señor Sadam Husein. Les aseguro que el señor Husein todavía estuviera ahí, con lo perverso que era; pero resulta que no producía rabanitos. Entonces, hay intereses económicos superiores frente a los cuales el país interesado no tiene problema en sacrificar incluso vidas de sus propios jóvenes. Sobre los mil jóvenes, ¡cuántos sueños destruidos, cuántos amores que no se produjeron, cuántos sueños que fueron reventados, cuántos deseos, cuántos genios muertos; ¿por qué? Pues bien: he dicho esto como introducción, he reflexionado mucho para pensar por qué hemos llegado a este tipo de mundo. ¿Qué pasó? ¿Era inevitable que llegáramos a esto? La segunda parte que quiero compartir con ustedes es precisamente eso.

La vida es una interminable secuencia de bifurcaciones: la decisión que tomo implica todas las decisiones que no tomé, la ruta que escojo es parte de todas las rutas que no escogí. Nuestra vida es inevitablemente una permanente opción, una infinidad de posibilidades ontológicas. El hecho —y la mayoría de ustedes lo habrá vivido— de que estuve en un lugar determinado, en un momento muy preciso, cuando una determinada situación aconteció o una determinada persona apareció, pudo haber tenido un efecto decisivo para el resto de mi vida; unos minutos más temprano o más tarde, o algunos metros más allá o más acá podrían haber determinado otra bifurcación y, en consecuencia, otra vida mía completamente distinta. De ahí que el gran filósofo español José Ortega y Gasset manifestaba: “Yo soy yo y mis circunstancias”.

Ahora lo que vale para las vidas individuales es válido también para comunidades y sociedades. Nuestra así llamada civilización occidental es el resultado de sus propias bifurcaciones; somos lo que somos pero podríamos haber sido distintos, y quisiera que me acompañen a revisar algunas de estas bifurcaciones. En algún momento del siglo XII, en Italia, un joven llamado Giovanni Bernardone, quien era muy joven y muy rico, decidió en algún momento cambiar radicalmente su vida. Como resultado de su transformación, lo recordamos hoy con otro nombre: Francisco de Asís. Francisco, cuando se refería al mundo, hablaba del hermano Sol y de la hermana Luna, del hermano lobo, y del fuego y del agua y de los pájaros y de los árboles también como hermanos y hermanas. El mundo que describía y sentía era un mundo en que el amor no solo era posible sino que tenía un sentido universal.

Algún tiempo después, también en Italia, escuchábamos la resonadora voz del brillante y astuto Maquiavelo, advirtiéndonos: “Es mucho más seguro ser temido que amado”. Él también describió el mundo, pero no solo lo describe, sino que lo crea. El mundo que tenemos hoy no es el de Francisco, es el de Maquiavelo; Francisco fue la ruta no navegada. La navegación que escogimos fue la de Maquiavelo e, inspirados por él, hemos construido nuestras concepciones sociales, políticas y económicas. En 1487, otro joven, muy joven, de solo 23 años, Francesco Pico Della Mirandola, se prepara para defender públicamente sus novecientas tesis sobre la concordia entre las diferentes religiones y filosofías. Él se niega a enclaustrarse dentro de las limitaciones de una sola doctrina, convencido de que las verdades son múltiples y de que jamás una sola aspira a una renovación espiritual que pueda reconciliar a la humanidad. Algunos años después de este creyente fervoroso de la verdad absoluta y de las posibilidades de la certeza, Francis Bacon nos invita a torturar a la naturaleza, para extraerle, a través de esa tortura, la verdad. Dos mundos una vez más: uno que representa la ruta que navegamos, y el otro, la ruta no navegada. No aceptamos el camino sugerido por Pico Della Mirandola; optamos por aceptar la invitación de Bacon y, de ese modo, continuamos aplicando su receta con eficiencia y entusiasmo. Continuamos torturando a la naturaleza a fin de extraerle lo que consideramos la verdad y, si no, la utilidad.

En el año 1600, Giordano Bruno arde, víctima de su panteísmo, puesto que pensaba que la tierra es vida y tiene alma; todo para él son manifestaciones de vida, todo es vida. Tres décadas más tarde murmura Descartes sus reflexiones metafísicas: “Cuando miro a través de mi ventana, lo que veo son sombreros y abrigos que cubren máquinas automáticas”. No navegamos la ruta de Giordano, escogimos la de Descartes, y de esa manera hemos sido testigos del triunfo del mecanicismo y del reduccionismo. Para Newton y Galileo, el lenguaje de la naturaleza es la matemática. Nada es importante en la ciencia que no pueda ser medido; nosotros y la naturaleza, observadores y lo observado como entidades separadas; la ciencia es la suprema manifestación de la razón, y la razón es el atributo supremo del ser humano.

Johann W. von Goethe, cuyas contribuciones científicas fueron injustamente opacadas por mucho tiempo, quizá por ser demasiado heterodoxas para su época y porque parecía absurdo e inaceptable que un poeta pudiera incursionar en la ciencia, se sentía incómodo con lo que consideraba las limitaciones de la física newtoniana. Para Goethe, la ciencia es tanto una ruta interior de desarrollo espiritual como una disciplina destinada a acumular conocimiento sobre el mundo físico. Implica no solo las preparaciones rigurosas de nuestras facultades de observación y reflexión, sino, además, de otras facultades humanas que puedan sintonizarnos con la dimensión espiritual que subyace e interpenetra lo físico; facultades como sentimiento, imaginación, intuición y espiritualidad. La ciencia, como Goethe la concebía y practicaba, tiene como propósito supremo la excitación de nuestra capacidad de asombro a través de un pilar contemplativo en que el científico llega a ver a Dios en la naturaleza, y a la naturaleza en Dios. Otra vez dos mundos. Otra bifurcación. Fascinados aún por el sobrecogedor brillo de Newton y Galileo, hemos escogido no navegarlo así en la ruta de las

ciencias goethiana: sentimiento, intuición, conciencia, espiritualidad siguen exiliados del reino de las ciencias, a pesar del surgimiento de puertas que para ellos empiezan a abrirse desde la física cuántica. La más dura de las ciencias es la única que comienza ahora a acercarnos profundamente hacia la espiritualidad; mensaje que ninguna de las otras disciplinas por cierto ha recibido.

La enseñanza de la economía convencional, que, por increíble que suene, como ya lo dije hace un momento, se considera una ciencia libre de valores, es un caso conspicuo. Una disciplina en que la matemática se ha convertido en un fin en sí mismo en vez de herramienta, y que desprecia como carente de valor todo lo que no puede ser medido; ello

ha generado modelos e interpretaciones teóricamente atractivas pero totalmente desvinculadas de la realidad. La cosa es así: una ruta navegada y una ruta no navegada, recordada solo por ratones de biblioteca. Es indudable la ruta navegada, a la que atribuimos sin embargo logros y hasta éxitos espectaculares. La universidad, en particular, ha escogido las rutas de Maquiavelo, Bacon, Decartes, Galileo y Newton. En lo que respecta a Francisco, Pico, Giordano y Goethe, el científico, han quedado como notas al pie de página de la historia.

Como resultado de la ruta navegada, hemos logrado construir un mundo en el que, como sugiere el filósofo catalán Jordi Pillere, las virtudes cristianas, tales como fe, esperanza y caridad, se manifiestan hoy en día metamorfoseadas como esquizofrenia, depresión y narcisismo. Ahí tienen otra tarea. Nuestra navegación sin duda ha sido fascinante y espectacular; hay mucho en ella digno de la mayor admiración; sin embargo, si la esquizofrenia, la depresión y el narcisismo son ahora el espejo de nuestra realidad existencial, es porque súbitamente nos descubrimos en un mundo de confusión, en un mundo de desencanto donde el progreso se hace paradójico y absurdo y la realidad se hace tan incomprensible que buscamos desesperadamente escapes en tecnologías que nos ofrecen acceso a realidades virtuales.

Hemos alcanzado un punto en nuestra evolución humana, caracterizado por el hecho de que sabemos mucho, sabemos muchísimo, pero comprendemos muy poco; la navegación que hemos escogido ha sido piloteada por la razón y nos ha llevado al puerto del saber, como tal; ha sido una navegación asombrosamente exitosa; jamás en toda nuestra existencia hemos acumulado más conocimiento, más saber, que durante los últimos cien años. Estamos celebrando la apoteosis de la razón; sin embargo, en medio de esta tan espléndida celebración, súbitamente nos asalta la sensación de que algo falta.

Así es. Podemos alcanzar conocimiento, saber, sobre casi cualquier asunto que nos interese, podemos por ejemplo, guiados por nuestro querido método científico, estudiar todo lo que se puede estudiar —desde una visión teológica, antropológica, biológica, bioquímica, psicológica— sobre un tema humano llamado amor. Usted ha estudiado todo lo que se puede saber sobre el amor, pero solo va a comprender el amor el día en que se enamora.

¿A qué apunta esto, de que el comprender es el resultado de la integración mientras que el saber es el resultado de la separación y de la fragmentación? Solo puedo pretender el comprender aquello de lo que soy parte. Mientras

sigamos diciendo “yo estoy aquí y la naturaleza está allá”, “estoy aquí y la pobreza está allá”, acumularemos mucha información en estadística, podemos diseñar muchos cuadros, pero nunca vamos a comprender realmente de qué se trata y qué es lo que realmente ocurre.

Finalmente, hemos alcanzado el punto en que estamos tomando conciencia de que el conocimiento, el saber, no es suficiente y que, por lo tanto, debemos aprender a comprender, a fin de alcanzar la completitud de nuestro ser.

Es probable que estemos comenzando a darnos cuenta de que el saber sin comprender es hueco y de que el comprender sin saber es incompleto. Precisamos, por lo tanto, emprender por fin la navegación hasta aquí pospuesta, pero para poder iniciarla debemos enfrentar el desafío de un cambio de lenguaje. Ya lo decía Einstein: “No es posible resolver un problema utilizando el mismo lenguaje que dio origen al problema”.

Sostenía el ya mencionado Ortega y Gasset que cada generación tiene su tema, y a ello podríamos agregar que, además, cada generación o periodo histórico está dominado o cae bajo el hechizo de un lenguaje. No hay nada de malo en ello, siempre que el lenguaje dominante de un determinado periodo histórico sea coherente con los desafíos que plantea ese periodo histórico. Lo importante que debe tenerse en cuenta es que el lenguaje influye en nuestras percepciones y que, por lo tanto, moldea nuestras acciones. Veamos algunos ejemplos: durante los primeros tres siglos del segundo milenio de la civilización occidental, el lenguaje dominante tenía un contenido teleológico, en el sentido de que las acciones humanas debían justificarse en nombre de un llamado superior que estaba más allá de las necesidades de la cotidianidad. Ello hizo posible la construcción de las grandes catedrales, de los espléndidos monasterios y de otras construcciones de esa época.

Imagínense ustedes que somos un grupo, unas veinte personas en este momento, que estamos en el siglo XI, sentados en una pequeña ciudad, pequeña pero de mucha tradición, orillas del río Rin, que se llama Colonia. Estamos tomándonos una cerveza, que es lo que corresponde hacer en esas circunstancias, y de repente uno dice:

—Mira, tengo un idea.

—¿Qué?

—¿Por qué no construimos una catedral? —Mira, ¡que buena idea!

—Pero, más o menos, ¿cómo calculas tú que debería ser esa catedral?

Y uno, que es bueno para el dibujo, hace un diseño. —Mira, yo creo que así.

—¡Ah!, mira qué bonita.

Y otro dice:

—Bueno, yo calculo que para construir esa catedral nos podemos demorar unos quinientos años. —¡Ya, empecemos a construir!

¿Qué es lo que ocurre aquí? Ustedes se dan cuenta de la relación del ser humano con el tiempo. Traslademos eso al año 2005: construyamos la catedral de Colonia: licitación pública; ¿quién me la hace más rápido y más barato? Bueno, ya se habría venido abajo hace mucho rato la catedral de Colonia; no quedaría nada, ¿cierto? Es otra relación con el tiempo. Gracias a Dios que en el siglo XI nadie había inven

tado todavía la eficiencia. Y eso es lo que a mí me permite afirmar, ante el escándalo de ustedes, que he llegado a la conclusión de que todas las obras inmortales de la humanidad han sido producto de la lentitud y de la ineficiencia. Piénsenlo.

¿Qué significa vivir en un mundo en que el mérito está en hacer lo más posible en el menor tiempo posible? Eso es eficiencia, ¿cierto?, comparado con un mundo en que lo importante es hacer lo mejor posible en todo el tiempo que sea necesario. Ahí hay otra vez dos mundos entre los cuales escogieron. ¿Cuál de esos mundos creen ustedes que tiene mejor salud? ¿Han pensado ustedes que uno de los grandes problemas de salud se origina en la relación obsesiva que tenemos hoy día con el tiempo? ¿Que vivimos aceleraciones de tiempo que van más allá de nuestra propia capacidad de percepción? ¿Que tenemos que comunicarnos ahora a la velocidad de la luz? No vayas a perder el tiempo al escribir una carta, meterla en un sobre, pasarle la lengua y echarla al correo; ¡no seas ridículo, no! Bueno, yo tengo mis dudas de si acaso este mundo que estamos haciendo realmente es bueno para la salud.

Saltemos al siglo XIX. El lenguaje dominante de este siglo fue básicamente el relacionado con la consolidación del Estado nación. Los grandes discursos de los líderes políticos tienen que ver con ello. Sin adentrarnos en detalles, cabe aseverar que el lenguaje dominante de aquella época fue coherente con los desafíos de esa misma época. De hecho, fue en el siglo XIX cuando se consagró y se consolidó el Estado nación. Es apenas ahora, en el reciente siglo XX, cuando el lenguaje dominante es el económico, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial. Una rápida revisión nos revela aspectos interesantes: a fines de la década de los veinte y comienzos de la de los treinta —época de la llamada gran depresión mundial—, emerge la economía keynesiana. El lenguaje keynesiano es, por lo menos en parte, producto de la crisis, pero con capacidad de interpretarla y de superarla; de hecho, fueron los planteamientos de Keynes los que el presidente Roosevelt favoreció para superar la crisis en Estados Unidos. Podemos afirmar que se trataba una vez más de un lenguaje que fue coherente con el desafío de su momento histórico.

Quisiera recordarles, con fines de comparación, un poco más adelante, que en el lenguaje keynesiano la preocupación central era la ocupación, el empleo, es decir, la preocupación central de la economía estaba directamente orientada al ser humano. Hoy día la preocupación central no es el empleo sino el crecimiento; ahí hay un cambio muy importante en la filosofía de dos visiones económicas.

El siguiente cambio en este caso es un lenguaje que ocurre en los cincuenta y los sesenta, con el surgimiento del lenguaje desarrollista; esa es la época en que yo me eduqué en la Universidad de Chile como economista. Se trataba de un lenguaje muy interesante porque era optimista, utópico, e incluso alegre; los economistas que escribían en esos días sentían realmente que por fin estaban claros los mecanismos para superar la pobreza. Todos sentíamos, en aquel entonces, que, a pesar de los obstáculos provenientes de los poderes fácticos, estaba claro lo que había que hacer, y eso provocaba una especie de romántica euforia. No viene al caso enumerar las recetas, sin embargo, lo que cabe

destacar es que aun cuando las metas y las transformaciones que se esperaron no se lograron en plenitud, sin embargo, en ese periodo —sobre todo en América latina—, hubo transformaciones positivas de tremenda importancia; no solo la confederación de los organismos internacionales como la Cepal, particularmente para el caso de América latina: una Cepal que en aquel entonces concibió una visión económica auténticamente latinoamericana, diseñada desde América latina, pensada desde América latina y proyectada para América latina. Estoy hablando de la Cepal en que realmente se hicieron planteamientos que provocaron escándalos en el Norte y tremendas polémicas, para deshacer las tesis que en la época de Raúl Previs se planteaban en la Cepal y que eran de auténtica raíz latinoamericana.

Podríamos decir, entonces, que al menos fue un lenguaje parcialmente coherente con los desafíos de su época, y finalmente, en las últimas tres décadas del siglo XX, con la emergencia del lenguaje neoliberal, lenguaje y modelo que se ha impuesto y que ha conquistado el mundo entero. Aquí hay que reconocerle un mérito al neoliberalismo, que es indiscutible, pues ha logrado en tres décadas lo que el cristianismo y el islam no han logrado en 2000 años, que es conquistar el mundo entero.

Ahora bien, como yo lo entiendo y lo interpreto, la única manera de entender realmente el fondo del lenguaje neoliberal es si uno lo analiza como un lenguaje seudoreligioso: es dogmático y es simplista. Es un lenguaje y un modelo que ha dominado y sigue dominando un periodo en el que la pobreza y la inequidad han crecido a escala global; en que muchas economías, a través de la carga de la deuda, han sido aniquiladas; en que se ha generado una brutal sobreexplotación, tanto de personas como de recursos naturales; en que encontramos en todas partes la destrucción de ecosistemas y de la biodiversidad; todo ello ha alcanzado niveles desconocidos en la historia de la humanidad y una acumulación de riqueza financiera en menos manos cada vez, la cual ha alcanzado obscenas proporciones. Todo esto se da con un lenguaje que lo que promete es exactamente lo contrario de lo que está ocurriendo; vale decir que quizás, por primera vez en la historia, vivimos una generación dominada por un lenguaje que es absolutamente incoherente con los desafíos de su propio periodo histórico, y esto tiene, a mi juicio, consecuencias profundamente preocupantes.

Si me permiten, puedo caricaturizar un poquitito cuando digo que el neoliberalismo es una seudoreligión: tiene su propia santísima trinidad: crecimiento económico, libre co

mercio y globalización. Ahí están el padre, el hijo y el espíritu santo. Tiene su propio Vaticano: Banco Mundial, Fondo Monetario y Organización Mundial del Comercio, que, como todo Vaticano que se aprecie, es infalible. Sabe mucho mejor que todos nosotros lo que es bueno para nosotros y, en aras de nuestra salvación, lo impone. Si eso no es religión, digan ustedes qué lo es.

Pues bien, hemos logrado ser seres exitosos pero incompletos; es muy probable que sea precisamente esa falta de completitud la responsable de las desazones y ansiedades que alteran nuestra existencia cotidiana en el mundo de hoy.

Quizás ha llegado el momento de hacer una pausa y reflexionar. Tenemos ahora la oportunidad de analizar con acabada honestidad el mapa de nuestra navegación con todos sus logros y azares, con todas sus glorias y tragedias, completado; y ahora podría resultar apropiado desenterrar el mapa alternativo de la ruta que optamos por no navegar, y buscar allí orientaciones pertinentes capaces de rescatarnos de nuestra confusión existencial. Quién sabe: quizás tendría sentido que comenzáramos a ver hermanos y hermanas a nuestro alrededor, quizá sería positivo intentar creer en las posibilidades de armonía entre distintas verdades, quizá nos beneficiaría atrevernos a creer que la Tierra sí tiene alma y que todo es vida, quizá sería bueno aceptar que no hay razón alguna para desterrar la intuición, la espiritualidad y la conciencia del reino de la ciencia. O, para decirlo en palabras de Goethe: “Si buscamos solaz en el todo, debemos aprender a descubrir el todo en la parte más pequeña”, porque nada es más consonante con la naturaleza que el hecho de que pone en operación en el detalle más pequeño aquello que pretende como un todo.

Nuestra apasionada búsqueda de conciencia, de saber, ha pospuesto nuestra navegación hacia el comprender. Nada ha debido impedir ahora la iniciativa de esa navegación, si no fuera por una economía que, practicada bajo el embrujo del lenguaje neoliberal, contribuye a acrecentar nuestra confusión y a falsificar el propio saber. Ninguna sustentabilidad que por cierto requiere de comprender acabará por lograrse sin un profundo cambio de lenguaje; un nuevo lenguaje que abra las puertas del comprender. Ello es, no un lenguaje de poder y de dominación, sino un lenguaje que emerja desde lo más profundo de nuestro autodescubrimiento, como partes inseparables de un todo que es la cuna del milagro de la vida. Si logramos provocar dicho cambio, quizás alcancemos a experimentar la satisfacción de haber generado un siglo en el que valga la pena vivir. Cabe la esperanza de una navegación hacia aquella rivera que nos convierta en seres completos capaces de comprender la completitud de la vida.

Creo, mis queridas amigas y mis queridos amigos, que hasta este momento, aunque aumente la conciencia de ello, estamos en la ruta equivocada y es necesario urgentemente hacer el viraje. Y a pesar de la potencia y la capacidad que nos traen los llamados líderes que toman las grandes decisiones, la decisión está en cada uno de nosotros. La física cuántica, que nos revela cosas maravillosas y nos invita a comprender y a pensar el mundo de otra manera, nos muestra, por ejemplo, algo que es prácticamente poético: la constatación de que cada partícula es a la vez todas las partículas. Proyectemos eso hacia lo humano, y ¡que hermoso sería el día en que descubramos que cada persona es a la vez todas las personas!

Muchas gracias.